

imperio de Occidente ha dejado de existir. Leves fulgores indicarán á las generaciones futuras su prolongada agonía, y sobre sus ruinas se edificará la civilización moderna amparada y sostenida por la enseña imperecedera de la cruz.

La invasión de los bárbaros, es para nosotros un acontecimiento providencial. El poder de Roma se precipitó á su ruina, y en su hundimiento arrastró consigo aquella civilización caduca y agonizante. El germanismo con sus formas rudas y sus rápidas invasiones, destruyó unas nacionalidades ya perdidas, y el Evangelio derribó las falsas divinidades facilitando á los invasores la repartición de un imperio corrompido.

«Los romanos, ha dicho Herder, han asolado al mundo y por todas partes, han derramado á torrentes la sangre humana. La destrucción, el exterminio y la muerte son el legado del pueblo romano...» En cambio el señor Laurent, considera que la guerra es el elemento principal de la civilización, y se felicita de aproximarse á una época en la cual dejará de existir aquel desolador elemento, que fué el que elevó á su apogeo al pueblo-rey... ¡Ilusiones propias de sus nobles deseos! Después de haber escrito este sabio tan halagüeña perspectiva, y en el espacio de diez años, hemos visto la guerra franco-prusiana, la guerra civil de Cuba y la de España, los trastornos políticos de Italia, Francia y España, los de los Estados de la Unión Americana, la guerra de Rusia con la Turquía, la de Inglaterra en la India... y ahora mismo Méjico tiene en su seno una guerra de partidos que la aniquila, y Chile y el Perú se están destruyendo. Esto sin contar con los internacionalistas, los nihilistas, los cantonales, los socialistas, los anarquistas y tantos otros como están reñidos con la sociedad y el orden (1880). Escritas estas líneas han sobrevenido los acontecimientos de Túnez, la invasión francesa en África para castigar tamaños ultrajes y la ocupación del Egipto por los ingleses.

La Religión de Cristo, no fué, nó, un legado que el imperio romano dejara al mundo, como pretende el señor Draper. Su aparición estaba anunciada por los Profetas y debía realizarse.

Alarico muere á la vista de Sicilia, y le reemplaza su cuñado Ataulfo. Este caudillo ajustó paces con los romanos, y fundó su reino sobre leyes equitativas y estables.

Ocupó una grande extensión de territorio y casóse con Placidia hermana de Honorio. Esta boda cambiaba la suerte de los pueblos conquistados. El conde Heracliano pagó con la vida su falta de probidad y buena fe. Constancio dirigía al emperador y obtuvo algunas ventajas; Geroncio invitó á los suevos, alanos y vándalos á pasar los Pirineos, y como torrentes devastadores recorrieron la Península entre el pillaje, el incendio, la destrucción y la muerte.

Hartos de sangre y rapiña se dividieron, al fin, el territorio consiguiendo los últimos invasores fundar la España visigoda.

Honorio tuvo varios competidores, de los cuales pudo librarse; la alianza celebrada en virtud de las bodas de Placidia, destruyó los ambiciosos planes de Ataulfo, que murió asesinado por Sigerico en el palacio de la joven Barcelona. No ha faltado quien haya atribuido este asesinato á Vernulfo su bufón, instigado por Constancio, rival del monarca. El perverso Sigerico ocupó el trono matando á seis hijos de Ataulfo, y obligando á Placidia á marchar á pié trece millas confundida con las esclavas. El puñal regicida dirigido por la mano de Walia derribó á los siete días al turbulento monarca y ocupó su lugar. Constancio continuando su incierta política, consiguió de Honorio la mano de Placidia, y bajó al sepulcro cuando estaba haciendo los preparativos para la guerra contra el joven Teodórico, que gobernaba en Constantinopla. Por fin, el indolente Honorio, después de un largo y agitado reinado murió sin otra gloria, en verdad, que la de haber protegido con sus disposiciones la Religión cristiana, como lo hiciera su hermano Arcadio en Oriente. Este príncipe después de muerto Rufino, estuvo supeditado al eunuco Eutropio, el cual cometió muchos excesos; pero habiendo perdido la gracia del emperador se vió perseguido y humillado, hasta el punto de buscar seguro asilo en el sagrado de una iglesia.

Gaina murió también á manos de los hunos. La persecución de San Juan Crisóstomo atribuida á la emperatriz Eudoxia, terminó con la vida del Santo; Arcadio bajó al sepulcro dejando un niño de cinco años, que puso á la magnanimidad de Isdegertes, rey de Persia. Antemio se sobrepuso á todos los oligarcas; pero abandonado de sus aliados pasó el Danubio y entregó la administración del imperio oriental á la inteligente Pulqueria, que sólo contaba diez y siete años.

Las dos hermanas eran religiosas, y Pulqueria prudente é instruida, dirigió con acierto los negocios públicos durante cuarenta años. El reinado de Teodosio II fué pacífico, y en él dominó el sentimiento religioso cristiano.

La guerra con los persas había tomado un aspecto particular. La casa de Arsaces adquiría un carácter modesto y hasta subalterno, y quiso entronizar, á pesar de todo, el culto del fuego. Teodosio había bajado al sepulcro, y Marciano renovó la alianza con los persas, que ganaron la batalla de Avarair.

Teodosio, que había reunido bajo su cetro casi todo el mundo conocido, cedió á Valentiniano hijo de Placidia y Constancio, la mayor parte del Occidente, el cual tomó el nombre de Valentiniano III. Siendo aún muy niño, fué encomendado á la tutela materna; pero sostenido por los generales Aecio y Bonifacio principiaron las rivalidades entre los dos jefes, para dar origen á graves

disgustos: Bonifacio se refugió en Hipona al amparo de San Agustín. Después de la derrota de los romanos vino á Rávena, donde Placidia le colmó de honores. Aecio lleno de celos acudió á las armas capitaneando un ejército de bárbaros, ambos rivales vinieron á las manos, y Bonifacio ganó la batalla, si bien murió de las heridas. En los últimos momentos de su vida perdonó á su competidor, aconsejando á su esposa, que poseía inmensas riquezas, que se casara con él. Aecio marchó con los hunos, y luego volvió á la gracia de Placidia, que lo elevó á la dignidad de patricio.

Atila, rey de los hunos, llamado *el azote de Dios*, al frente de quinientos mil combatientes, pretendía destruir á la vez el imperio y el trono de Teodoro. Extendió sus conquistas desde los francos á los escandinavos, y llenó de terror al orbe entero, postrándose á sus pies reyes y señores. El mundo bárbaro y el mundo civilizado se vieron subyugados por el cetro de Atila. Las victorias de este caudillo afortunado humillaron á Teodosio, y el imperio fué presa de una horrible miseria. Teodosio había mandado dos embajadas, que Atila recibió con grande aunque tosco aparato.

Pulqueria había casado con Marciano, que lleno de dignidad presentóse al rey de los hunos y le declaró la guerra. Aecio continuó con su ambiguo papel, pero sostuvo la autoridad imperial, y ganó algunas batallas. Meroveo hijo menor de Clodión, se hizo hijo adoptivo de Aecio, y Honoria que vivía en el palacio de Pulqueria, mandó un eunuco á Atila ofreciéndole su mano y los derechos que pudiera tener al trono.

Desairado el feroz Atila por la corte, que ignoraba esta oferta, reunió todas sus fuerzas y las de sus aliados, penetró por las provincias belgas, derrotó á los borgoñones, bajó por la izquierda del Rhin hasta Maguncia, asolando, incendiando y matando cuanto encontró á su paso. En Orleans se presentó Aecio capitaneando un poderoso ejército, acompañado de Teodorico y otros aliados al frente de sus huestes. Los campos cataláunicos junto á Chalon-Sur-Marne fueron testigos de una de las batallas más sangrientas que han podido narrar las pasadas generaciones. En ella encontró su tumba Teodorico y ciento cincuenta mil combatientes. Aecio no olvidó después del combate su oficio desleal. Atila pasó otra vez el Rhin para invernar y reponer su ejército en la Panonia.

El siguiente año renueva su petición á la mano de Honoria, y rechazado segunda vez, pasó los Alpes con su ejército, y de conquista en conquista llegó hasta Milán.

La fe de Aecio siempre sospechosa, obligó á Valentiniano á refugiarse en Roma, y en tan aflitivo estado sólo la santidad del venerable Pontífice San León y el patriotismo de Avieno pudieron detener al bárbaro en su victoriosa

carrera. Atila accedió á las súplicas del santo, y al retroceder aumentó el número de sus esposas con Ildegunda. Los excesos de la boda causaron su muerte.

Valentiniano III, cobarde y afeminado, atravesó con su espada al valiente



Constantino entra en Constantinopla.

Aecio, y como ultrajara la honra de Petronio Máximo, fué degollado por los partidarios de aquel general.

Máximo se hizo aclamar emperador, casóse con la viuda de Valentiniano,

que quiso vengar la muerte de su esposo valiéndose del terrible Genserico. Este ambicioso guerrero al frente de sus vándalos y alanos amenazó á Roma. Máximo murió apedreado y el cadáver fué arrojado al Tiber. Genserico detuvo su destructor impulso á las puertas de la ciudad, por las súplicas de San León; pero no quiso evitar el saqueo por la soldadesca desenfrenada, que duró catorce días.

Avito educado en los ejércitos de Aecio, había sido nombrado general de las huestes romanas; empero muerto el emperador fué elevado al trono protegido por su amigo Teodorico. Los desmanes y la intemperancia animaron al conde Ricimero, después del triunfo que alcanzó en las aguas de Córcega, para hacerle renunciar la púrpura, y fué ungido obispo de Plasencia, muriendo siendo sentenciado y perseguido por el Senado.

El imperio quedó vacante hasta que se concedió á Mayoriano, propuesto por la augusta asamblea. Este monarca derrotó á Genserico, pasó los Alpes y venció á Teodorico, sujetando de paso á los *bagaudos*; y después de haber incendiado á Cartagena, murió en Voghera á manos de sus soldados.

El Senado, obedeciendo á Ricimero, cubrió con la púrpura á Livio Severo, de quien se deshizo cuando podía estorbarle. Egidio amenazaba la Italia después de la victoria de Orleans, y Ricimero encontró medio de envenenarle, ya que no podía vencerle. El rey de los alanos fué derrotado en Pérgamo, y Genserico, á pesar de su edad, dominaba los mares bajo el pretexto de defender los derechos de la esposa de su primogénito. El imperio Oriental nombró á Antemio.

Este nuevo emperador entró en Roma triunfante y dió su hija á Ricimero. Se trató de castigar á los vándalos, cuyo difícil cargo tomó Heraclio, auxiliado de la escuadra de la emperatriz de Oriente mandada por Basilisco. Genserico halló medios para incendiar las dos escuadras, y libróse de tan poderosos enemigos.

Antemio obraba con absoluta independencia; conducta que exasperó á Ricimero, que contando con fuerzas suficientes, elevó al trono á Olibrio, y, como fuese rechazado del pueblo romano, hizo dar muerte al emperador su suegro. Al poco tiempo murió Ricimero, y el ejército pasó á las órdenes de Guldibaldo su sobrino. Olibrio bajó también al sepulcro, y el imperio pasó á Julio Népote, sucesor y sobrino de Marcelino. Los bárbaros á las órdenes de Orestes marcharon sobre Rávena, y Julio lleno de pavor abandonó el puesto, abdicó el trono y se refugió en la Dalmacia su principado, donde cinco años después bajó al sepulcro.

Orestes había sido secretario de Atila: al frente de los bárbaros se hizo temible, y le nombraron patricio y general. Mandó á sus tropas negar la obediencia al emperador y proclamó á su hijo, que se llamaba Rómulo Augústulo. Las

exigencias de los soldados hallaron en Orestes, fuerte resistencia y entonces elevaron al trono á Odoacro, que en Pavia hizo prisionero á Orestes y le condenó á muerte. Á su hijo Augústulo, de extraordinaria hermosura, se le encerró en la quinta de Mario, señalándole una elevada pensión.

La alta dignidad imperial en Roma llegaba á su funesto término. El Senado acordó que Constantinopla, donde gobernaba Zenón, sería en lo sucesivo la sede de Oriente y Occidente; pidiendo para Odoacro el título de patricio y la administración de Italia.

El Senado romano declaraba solemnemente á la faz del mundo, que el Capitolio abdicaba el imperio universal. La señora que llevó sus conquistas por todo el orbe conocido, depuso el cetro, que sus emperadores no supieron sostener. Sobre sus ruinas se fundó la moderna Europa bajo la augusta y santa protección del Catolicismo.

Cuatrocientos setenta y seis años, habían trascurrido desde el nacimiento de Cristo, y mil doscientos veinte y nueve de la fundación de Roma. Había tenido sesenta y tres emperadores.

Roma al perder la forma republicana era señora del mundo. Sus ejércitos habían llevado la destrucción y la muerte por los países conquistados, y los indígenas se convirtieron en esclavos. Su gobierno fué siempre despótico y cruel; el desenfreno de los magnates arruinaba las nuevas provincias sometidas, y los tesoros y riquezas se trasportaban á la metrópoli para sostener el lujo, la corrupción y los vicios. Fué preciso que pasasen muchos años para que el sentimiento por lo bello despertara en los romanos la necesidad artística y literaria; era menester mucho tiempo para que la observación de los grandes fenómenos de la naturaleza pudiesen aplicarse á los usos de la vida. Cicerón, Cayo Graco, Catón y Tito Livio son los primeros que descuellan en la oratoria; siguen Antonio y Craso, Cotta y Sulpicio, César, Bruto, Mesala y Hortensio. Tampoco faltaron pensadores, que imbuidos en la escuela Pitagórica comenzaran á difundir la filosofía con tendencias prácticas. El estoicismo, sin embargo, tenía muchos adeptos, y las distintas escuelas griegas sus genuinos representantes; pero condensadas entre Pitágoras y Aristóteles, fueron más tarde reducidas á cinco agrupaciones; los epicureos, los estoicos, los platónicos, los escépticos y los nuevos académicos.

La filosofía entre los romanos no adquirió una escuela definida ni marchó por un mismo camino, á pesar de sobresalir en ellos el estoicismo. Las bibliotecas fueron en su mayor parte trasladadas á Roma por particulares, y sólo Julio César pensó crear una biblioteca pública, cuya formación estuvo encomendada á Varrón; pero este levantado pensamiento no llegó á realizarse.

Paulo Emilio mandó trasladar la que había pertenecido al rey de Macedo-

nia, y Apeliçón Teyo, Lúculo y otros romanos poderosos poseían excelentes bibliotecas tanto por el número de volúmenes como por su elección.

Luégo en los tiempos de Augusto se crearon dos bibliotecas públicas. Entre los historiadores fueron notables Tito Livio, Salustio, Suetonio y Tácito. César fué sin disputa un historiador original, conciso y sencillo; Cornelio Népoie tuvo buen estilo, pero decayó después hasta el descuido; Trogo Pompeyo, Dominio de Halicarnaso, Diodoro Siculo, fueron escritores de bas-



Juliano el apóstata.

tante mérito. Si examinamos la poesía la veremos imitativa, buscando en los griegos la inspiración de que carecía, y entregándose muchas veces á un erotismo repugnante y grosero. Ovidio, Horacio y Virgilio fueron entre todos los más sobresalientes. Empero, si los poetas de Roma no brillaron siempre por su originalidad, dieron á conocer la dicha que trae la paz en pos de sí, lo cual representaba un sentimiento nuevo.

Las ciencias experimentales y de observación fueron, en verdad, poco cultivadas, y por más que se diga no alcanzaban la categoría de ciencias. El

pueblo romano era guerrero ó jurisperito, el fragor de los combates ó los aplausos del foro y la tribuna, constituían su vida pública y absorbían toda su inteligencia. Sin embargo, hubo un Séneca que en sus *Cuestiones naturales*



Atila en la cumbre y los hunos al pié levantando las antorchas.

habla de física; Plinio presenta una brillante enciclopedia de *Historia natural*; Estrabón, Solino, Pomponio y Claudio Ptolomeo describen el *Mundo conocido* y *la bóveda celeste*; hubo *matemáticos* como Frontino é Isidoro; *agricultores*

como Varrón y Columela, y *arquitectos* representados por Vitrubio. Las *artes liberales* buscaban sus producciones en la cultura y habilidad de Grecia y Siracusa. Es que Grecia se había mecido entre las flores y la gloria de la inteligencia y el arte, y Roma sólo ciñó la corona de la fuerza y del poder.

La *medicina*, que se miró al principio con indiferencia por los romanos, adquiere gran prepotencia y llega á formar escuela, con sus principios y axiomas. Á los remedios preconizados por Mussa y al conocimiento de las virtudes medicinales de muchas plantas dado por Dioscórides, se entronizó el empirismo de Serapión, que fué eclipsado por Erasistrato al fundar la anatomía humana, y después por Asclepiades de Prusa que ensalzó la física mecánica. Los dogmáticos y los metodistas hicieron sus prosélitos, y cada escuela adquirió su fama y su renombre. Estas doctrinas fueron sostenidas por Temisión de Laodicea, Tesalo y Sorano; la discusión volvió á renovarse con ardoroso entusiasmo, y de sus forzadas interpretaciones nacieron las escuelas episintética, ecléctica y neumática.

Parecía que la escuela griega representada por el sabio de Cos yacía completamente oscurecida, y aquellos concienzudos estudios y filosóficas teorías que sirvieran de sólido fundamento á la medicina, estaban de todo punto olvidadas. Y cuando el calor de la discusión y la embriaguez de la lucha ahogaban el genio entre el torbellino de la contienda, Celso en el último tercio de su vida, se consagra á la medicina como parte de la filosofía, hace revivir la escuela griega, recopila los libros más importantes y llega á adquirir los honrosos títulos de *Hipócrates de los latinos* y *Cicerón de los médicos*.

Areteo eclipsó á Arquígenes con sus luminosos escritos; la cirugía dió á conocer algunos adelantos debidos á los trabajos de Antilo; Casio Jatrofista inicia muchos problemas donde la física está unida á la medicina, y que algunos han alcanzado hasta nuestros días. Galeno se hizo eco de la antigüedad, y cual otro Hipócrates destruyó el dogmatismo para entronizar el eclecticismo alejandrino. Filósofo sensualista siguió á Aristóteles; pero descuidó el método que fué el punto de partida del maestro. Dió grande impulso á la anatomía, presentando reglas y teorías sobre los puntos más importantes de la medicina. Galeno ha servido de luminoso faro á la humanidad durante doce siglos no interrumpidos.

Repetiremos lo que antes hemos indicado. Al comenzar el Cristianismo, la escuela estoica predominaba en Roma, y el mismo Séneca, entre otros, recibía la orden de morir con la mayor indiferencia, haciendo alarde de perder la existencia porque despreciaba la vida. La depravación, la lascivia, el libertinaje, el suicidio y cuanto de inmoral y perverso se puede imaginar estaba en boga en la orgullosa Roma, en aquellos siglos que siguieron á la Pasión y Muerte de Jesucristo.

Los Apóstoles se esparcieron por la tierra llenos de entusiasmo y santo fervor, y rebotando virtud y caridad hicieron por todas partes numerosos discípulos. En Antioquia se les dió el nombre de *cristianos*, y el número de los conversos aumentó de una manera prodigiosa; todos con ferviente celo y ardiente fe, enseñaban la nueva ley que regeneraba la humanidad. El espíritu de Dios había descendido sobre ellos, y aquellos oscuros Profetas se encontraron iluminados con la verdad eterna y fortalecidos con el amor divino.

Los enemigos de la Religión del Crucificado quieren que los dogmas del Cristianismo estén contenidos entre las creencias de la antigüedad. De este modo pretenden destruir su carácter sagrado, poner en duda la Revelación mosaica ó negarla en absoluto. La esencia del Cristianismo está, con efecto, en la Biblia, es su continuación y sus libros son mucho más antiguos que los de Zoroastro y Budda. Si el Cristianismo es hijo de la Revelación hecha á Moisés, si el Evangelio es la ley nueva ¿qué extraño tiene que algunos preceptos se reconozcan en el brahmanismo, en el buddhismo ó en el helenismo? Á pesar de todo, un ilustrado autor contemporáneo, el sabio y distinguido señor Laurent, confiesa con una nobleza que le honra, pues no parece ser muy amigo del Catholicismo, que la *superioridad del Cristianismo sobre el buddhismo y el mazdeísmo es incontestable*. Según el mismo autor, «el buddhismo conduce á un panteísmo desafortado, al aniquilamiento de las criaturas. El mazdeísmo apenas reconoce un Dios criador, y no conociendo el lazo que une al hombre con Dios ¿cómo hubiera podido ver en todos los hombres, hermanos que deben amarse porque están unidos en Dios?»

Los cristianos amaban y ejercían la caridad más desinteresada, siguiendo los preceptos del Divino Maestro; y San Pablo la recomienda y la enaltece eficazmente en su carta primera á los corintios.

Y en verdad que en las Actas de los Apóstoles se lee que el apóstol San Pablo ante el Areópago, dijo: «El Dios que creó al mundo y todas las cosas en él contenidas, siendo como es Señor de cielo y tierra, no está encerrado en templos fabricados por hombres, ni necesita del servicio de sus manos, como si estuviese menesteroso de alguna cosa; antes bien, Él mismo está dando á todos la vida y el aliento, y todas las cosas: *Él es el que de uno solo, ha hecho nacer todo el linaje de los hombres*, para que habitase la vasta extensión de la tierra, fijando el orden de los tiempos ó estaciones, y los límites de la habitación de cada pueblo, queriendo con esto que buscasen á Dios, por si rastreando y como palpando pudiesen por fortuna hallarle, como quiera que no está lejos de cada uno de nosotros. Porque dentro de Él vivimos, nos movemos y existimos; y como algunos de vuestros poetas dijeron: *Somos del linaje ó descendencia del mismo Dios.*»

Decir que los cristianos practicaban el comunismo, es un error grave que sólo prueba las tendencias y deseos de aquellos que lo creen. Jesucristo lejos de condenar la ley de Moisés, que es la antítesis del comunismo, porque se declara altamente protectora de la propiedad y de la familia, dice de un modo claro y explícito, que viene á completar esta ley. Y al preguntarle, qué debían hacer para alcanzar la vida eterna, responde; *guardar los mandamientos*; es decir, el Decálogo, que contiene mandatos sacrosantos que destruyen el comunismo.

Los preceptos consignados en el Evangelio no tienen ninguno de los principios del comunismo, que debe considerársele como antisocial. El comunismo absorbe y centraliza la libertad individual para que sea esclava de la generalidad.

Si Jesucristo hubiese predicado el comunismo, si sus prácticas se encaminaran á abolir la propiedad y la familia, es innegable que habría comenzado su obra regeneradora destruyendo y condenando las leyes del legislador Hebreo, que están destinadas á favorecer aquellas dos sacrosantas instituciones, la propiedad y la familia. Los detractores del Evangelio se engañan de un modo lamentable, y es muy posible que no han calculado los males que sus especulaciones y cavilidades han ocasionado á la civilización. ¡Ah! Entonces nos atrevemos á asegurar, que como hombres sinceros y honrados no habrían esparcido el germen destructor de la moralidad y de la sociedad. Jesucristo ratificando con el ejemplo una moral pura y edificante, santificó la familia y las virtudes domésticas, sobre las de un materialismo grosero peculiar al mundo físico.

Estudad á los comunistas y utopistas con todas sus extravagancias, sus cálculos y sus epigramas, y veréis que en medio de unas instituciones que llaman humanitarias, establecen la esclavitud con sus castigos, sus cadenas y presidios ó trabajos forzados. El siglo donde las ciencias modernas hacían sus más portentosos progresos y comenzaban á cimentarse sobre teorías más razonables y quizá con mayor certeza, parece que debió rechazar con desdén las locuras de Tomás Muncer, las ilusiones de Morelly, las extravagancias de Tomás Moro y las ridiculeces de Campanella, Hythodeo y hasta el Cabet de nuestros días. Cuantas soluciones se han buscado al problema de la propiedad y de la familia por Owen, Mably, Rousseau y otros sabios filántropos, han sido para dirigir por mal camino las masas populares inconscientes, sembrando la duda, haciendo que aumente la miseria y las malas pasiones, y envenenando el santo hogar de la familia.

Nuestra generación ha perdido el sentimiento de las jerarquías sociales y proclama la independencia individual; la idea religiosa se extingue y con ella crece la antipatía de clase; hasta el respeto de la familia y la santidad de los



El papa San León el Grande detiene á Atila en las puertas de Roma

superiores se ven postergados y despreciados. No es la ciencia la que desarrolla el materialismo, no son las leyes empíricas las que afianzan el positivismo, no es la observación atenta y minuciosa del mundo microscópico y la investigación telescópica por los espacios celestes la que sostiene el naturalismo; tanto el uno como los otros crecen á medida que las costumbres se relajan, y la moral y el derecho pierden sus brillantes atractivos.

Roma toda vez que alcanzó el apogeo de su gloria militar y política, se vió colmada de riquezas, que engendraron el lujo y la disipación. Se pervirtieron las costumbres, el derecho y el deber; el fausto, la orgía y la inmoralidad, llegaron á su colmo; el pudor estaba vedado y la disolución social amenazaba la existencia de aquellos patricios. Todo había desaparecido, y el politeísmo con sus ridículas supersticiones de placer y sensualidad, tenía aprisionados á nobles y plebeyos.

El pueblo romano seguía como siempre alimentado por la superstición y el fanatismo. Los augures eran consultados, se hacían sacrificios horrendos, y las ofrendas y ceremonias, la evocación, las víctimas inmoladas y cuantas fórmulas haya podido concebir una imaginación excitada por la fiebre del combate, se ponía en práctica para alcanzar la victoria.

Los dogmas del Cristianismo, repetimos, se remontan al origen de la humanidad, y durarán hasta la consumación de los siglos, porque son los dogmas de la Religión verdadera. Cuando el hombre al querer adorar al SÉR SUPREMO, se ha apartado de la Revelación Divina, sólo ha inventado absurdos y supersticiones, concibiendo toda suerte de delirios, que se han llamado sectas ó teogonías alimentadas por un espíritu filosófico. La historia religiosa de los dos pueblos hebreo y cristiano ofrecen monumentos llenos de autenticidad que lo testifican. El primero contiene la Revelación bíblica que se conserva incólume al través de siglos y generaciones, sin que hayan podido desprestigiarla las sutilezas y los sofismas de sus detractores, ni los adelantos de las ciencias modernas. La Biblia tiene aún el carácter de *infallibilidad* que en todos los tiempos se le ha reconocido. El segundo, descansando en la fe del futuro Mesías, anunciado por los Profetas, el cual debía nacer de una Madre virgen y redimir al linaje humano, ve realizadas aquellas profecías, y Jesús reúne en torno suyo á los discípulos y les encarga que continúen su predicación por toda la haz de la tierra. Es perseguido, padece y sufre, muere y resucita, según estaba vaticinado; se presenta á sus discípulos y les da preceptos para ordenar la Iglesia, que funda sobre el apóstol Pedro, prometiéndole que en medio de persecuciones inauditas, entre los sarcasmos de sus enemigos y las veleidades de algunos de sus hijos, permanecerá firme y gloriosa mientras la humanidad aliente sobre la tierra.

Los errores de Cerintho y de Ebión su discípulo (hasta el año 80, primer siglo), los delirios de los Carpocracianos en el segundo, las extravagancias de Berillo y aún del mismo Tertuliano en el tercero, junto con las locas pretensiones de los Paulicianos ó discípulos de Paulo Samosateno; herejías todas condenadas por la Iglesia, y las primeras rechazadas por las misteriosas palabras del Evangelista *In principio erat Verbum... etc.*, que á la vez imponía silencio á los platónicos y á los estoicos, sirvieron, desgraciadamente, para allanar el camino á las diabólicas exigencias de los herejes Arrio, Focio, Pelayo y Nestorio en los primeros siglos, á los valdenses y albigenses ó cátaros después, y á las de Wiclef, Wessel, Huns, Lutero, Enrique, Calvino, Zwinglio, Servet, Jansenio, Febreniano y Doellinger más tarde. Los ataques de los filósofos racionalistas, materialistas y positivistas en estos últimos tiempos, no han turbado su continuación sucesiva, y prueban aquellos vaticinios durante diez y nueve siglos. San Juan en su Evangelio, dice; *La luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas; porque todo hombre que obra mal, aborrece la luz para que sus obras no sean reprendidas.*

Por último, es un error gravísimo considerar al Cristianismo como una sociedad filantrópica, fundada sobre la base del comunismo.

Desde el siglo primero tenía el Cristianismo sus dogmas y su moral, sus sacramentos, disciplina y cuanto era necesario para dirigir al hombre por el buen camino de la honradez, de la virtud y de la honestidad.

En las persecuciones que sufrieron los cristianos se sacrificaron más de once millones de víctimas, creyendo muchos paganos, que habían concluido con los discípulos de Jesús. Tertuliano al finalizar el siglo tercero acudió á los magistrados que autorizaban tan crueles asesinatos, defendiendo los cristianos contra los gentiles. ¡Cuánto no se han engañado los que han pretendido enaltecer el paganismo para que la idolatría se justificara de sus torpes falsedades y los emperadores de su mando despótico y sanguinario! La idolatría fué vencida por la virtud, el amor recíproco y por una moral purísima, donde la caridad es el elemento principal. La Iglesia de Jesucristo en medio de sus persecuciones cantó victoria y entonó himnos de alabanza al Señor, y como dijo Tertuliano: «Nosotros acabamos de nacer, y sin embargo, llenamos ya la tierra hasta los últimos confines de vuestra dominación.»

Si con calma y reflexión comparamos las diversiones y pasatiempos del paganismo romano, con los dulces, caritativos y morales del Cristianismo, veremos en aquellos la crueldad personificada por una indiferencia inhumana, sanguinaria y feroz. ¡Qué horrores nos recuerdan aquellas luchas y pugilatos execrables, aquellos crímenes inauditos de lesa humanidad! ¡Cuánta

sangre derramada para satisfacer el capricho y la inmoralidad de un pueblo estragado por el vicio, sin corazón y sin entrañas! ¡Cuántas víctimas sacrificadas en holocausto de un placer brutal y de un deleite salvaje! El anfiteatro y el circo bastan por sí para degradar ante la posteridad á aquel pueblo, que hacía consistir sus fiestas y regocijos en derramar sin compasión y por mero pasatiempo la sangre de sus hermanos, por medio de las fieras y de los gladiadores... ¡Ah! La vida de innumerables mártires allí sacrificados levantó una nube de incienso cuyo aroma se extendió por toda la tierra, y de aquellos lagos de sangre inocente se reflejó el iris de fe, paz y caridad, que elevó los



Virgilio.

espíritus santificados por el martirio á la región de los ángeles y bienaventurados.

La ciudad eterna, Roma, había sido espectadora del martirio que sufrieron los Santos Apóstoles Pedro y Pablo el 29 de junio del año 67, santificando con su preciosa sangre la ciudad de los Césares, que debió ser el centro del Cristianismo, como lo fuera también de la monarquía universal. Si la Religión católica debía ser la del linaje humano y la unidad absoluta de la fe cobijar bajo su augusto manto los pueblos del orbe, natural era que eligiesen como centro del imperio espiritual el punto que por tantos siglos había dominado el mundo material. Se dice, y aun se crítica, porque San Pedro no murió en Jerusalem donde había muerto el Salvador Divino, siendo á la vez la capital del mundo católico. (Draper).

Al tiempo de la redención de la humanidad por la sangre derramada en el Calvario, los judíos cerraron los ojos á la luz divina y olvidaron las promesas del Señor, cuyo significado era mucho más elevado, sublime y grandioso de lo que el pueblo hebreo había imaginado. Muy pocos abrazaron de corazón el Cristianismo, y sólo un corto número se bautizaron y entraron en el gremio de la Iglesia de Jesucristo. Si lejos de esto los hebreos hubiesen seguido en su



Misión de los doce Apóstoles.

mayoría los preceptos predicados por los Apóstoles, es innegable que la Judea hubiera sido el centro del mundo católico y el punto de partida de las sociedades modernas. De ahí que sufrieron las consecuencias de su irreligiosidad, se vieron deshechos y sin pertenecer á nación alguna, y dispersos por todo el ámbito de la tierra. ¡Qué tal debió ser el castigo por su falta de creencia y fe divina!

Otra de las puerilidades que se han propalado para desvirtuar la doctrina



de Jesús, es haberla comparado con la de los escenios, queriendo probar, que ofrece mucha analogía y puntos de contacto. Nada tendría de extraño, puesto que esta secta pudo muy bien haber buscado muchos de sus preceptos en los libros de Moisés.

Las ceremonias y los ritos del escenismo alejan en absoluto el contacto que ha podido suponerse con el Cristianismo; esta doctrina en su fondo y en sus aplicaciones resplandece por su sublimidad y celestial origen, mientras que aquella secta no se recomienda ni por su filosofía ni por su sabiduría.

Sin embargo, los enemigos del Cristianismo y sobre todo los librepensadores, echando á volar su fantasía y sus preocupaciones, han abusado de la sinceridad y buena fe de algunos, creyendo que con ello el Dios-Hijo perdía ante la humanidad su esencia divina. Al difundirse la Religión cristiana el escenismo quedó para siempre oscurecido, como antes hemos apuntado.

La Religión de Cristo santificando el matrimonio y elevándolo á sacramento, levantó la mujer á la dignidad de criatura hija de Dios, y el sexo femenino se vió enaltecido y glorificado bajo el amparo y protección de la *Virgen Maria*, que es la hija querida del Señor. Cubierta con el augusto manto de la Religión del Salvador, la mujer es el ángel de caridad y el ornamento de la familia. El hombre la llama compañera, la regenera y la levanta del fango de la degradación, del envilecimiento y de la esclavitud. La Religión de Cristo enseña con el ejemplo toda suerte de virtudes, predica el desprecio de los placeres, combate ese apetito insaciable de los goces materiales, los sentimientos inhumanos de odio, envidia, venganza y concupiscencia; fortifica y anima la familia proscribiendo el divorcio y la poligamia, para que los católicos de corazón no se precipiten por la pendiente del abismo y vivan contentos en medio de esta avalancha materialista y atea, que en todos los tiempos ha pretendido destruir los fundamentos de la sociedad. ¿Quién derribó la tiranía y la esclavitud, sino los dogmas de la Religión del Crucificado? ¡Ah! Habéis tenido la insensatez de hacer perder al pueblo la fe en el Cielo, y ahora os pide cuentas y se ha encargado de liquidar los bienes de la tierra. He aquí el resultado de vuestros trabajos contra el Catolicismo.

La Iglesia cristiana suavizó las costumbres de los bárbaros, modificó aquellos selváticos instintos, y los hombres rudos, de pasiones violentas y sanguinarias, cedieron sin esfuerzo en sus envejecidos hábitos para aceptar la dulzura, la tranquilidad, la paz y los goces inefables del Catolicismo. El mundo se regeneró para que la humanidad comenzara á recorrer una nueva etapa.

Aquellos que son antagónicos al sentimiento católico, se ocupan en poner de relieve pequeñeces y nimiedades, que nada representan ni significan, y que son impropias de la levantada y humanitaria representación que tiene en

la sociedad la idea religiosa católica. ¿Qué pretenden probar con decirnos, «que en los altares cristianos se quema incienso, que se usa la sal y el agua, que en ciertas épocas del año están mandadas las flagelaciones, que el celibato y voto de castidad se exige á los que abrazan el sacerdocio...» y otras cosas por el estilo? (Draper).

No comprendemos porque el profesor de la Universidad de Nueva-York se asusta de estas pequeñeces. La gentilidad no estaba reñida con la piedad, y la Iglesia cristiana en los primeros siglos aceptó, con aplauso de sus Prelados, todos los ritos y ceremonias que consideró convenientes y que no estaban en oposición con sus dogmas.

Párese un momento y reflexionen todos estos filósofos y vean ante todo, como un puñado de hombres oscuros se lanzaron por el mundo á predicar la *buena nueva*. Hombres ignorantes, desconociendo las ciencias humanas, pescadores y artesanos salidos de las clases más abatidas del pueblo, vean como se presentan ufanos y llenos de fe divina frente á frente de una civilización vigorosa y potente, arraigada en el corazón de todos y con cuantiosos intereses sociales creados por su antigüedad. Veán estos declamadores de *conflictos*, como aquellos hombres de humilde y miserable cuna predicán el Evangelio, inspirados por un poder sobrenatural, cual sabios consumados, como filósofos profundos y políticos eminentes, ante un pueblo corrompido, entregado á los placeres y á los goces sensuales. Ellos vencen al filosofismo de su tiempo; ellos desafían el poder de los emperadores; ellos no temen el martirio, porque su reino es el reino de Dios. La fe divina de los Apóstoles y la autenticidad de los sublimes é inspirados escritos que nos legaron los Evangelistas, son las pruebas más convincentes y auténticas de la santidad y divinidad de la Religión de Cristo.

El apóstol San Pablo en la segunda epístola á Timoteo, dijo: «Toda la Escritura inspirada por virtud divina, es útil para enseñar, reprender, corregir, instruir á la justicia, á fin de que el hombre de Dios sea acabado y perfectamente capaz de toda buena obra.»

La sangre derramada en holocausto de la Religión del Mesías, lejos de haber amortiguado la fe, enaltece aquellos santos corazones y daba á manos llenas ópimos frutos; y el Cristianismo al empuñar Constantino el cetro de Roma, estaba difundido por todo el mundo, hasta el punto de no haber ningún pueblo, como dijo San Justino, aun aquellos más apartados de la cultura, que no elevase sus oraciones y plegarias al Padre y Creador de todas las cosas en nombre de Cristo crucificado.

En vano declamarán los materialistas y positivistas, y en particular los de la secta reformista, sobre las formas del culto católico y sus grandiosas y

sublimes ceremonias; en vano recordarán las supersticiones de la antigua Grecia, los misterios de Egipto ó los mitos de la India, la Persia y la China; en vano buscarán estos otros pobres de corazón y espíritu, nuevos parásitos de la inteligencia y del progreso, en la *escuela liberal moderna* un enemigo irreconciliable de la Iglesia católica; unos y otros se engañan lastimosamente; unos y otros viven y acarician un error vulgar y respiran una atmósfera cuya esencia ignoran. Ni la ciencia experimental con todas sus evoluciones, tal cual debe considerársela en el día, puede ser antitética al Catolicismo, ni éste por su sagrado y divino origen puede oponerse, y con efecto no se opone, á los adelantos y manifestaciones de aquélla; ni mucho menos la *verdadera escuela liberal*, que no ha de confundirse con el desorden y la anarquía, desdeña los preceptos consignados en el Catolicismo, que respeta y acata, mirando hasta con veneración la santidad de la conciencia; ni admite en su credo político doctrinas disolventes y corruptoras. Ha sido siempre una vulgaridad calificar con el nombre de *liberalismo* un sentimiento hermano del Catolicismo, presentándolos como si fuesen dos elementos opuestos ó dos enemigos encarnizados. El *culturkampf* de los filósofos modernos que sostienen el materialismo, cederá bien pronto el campo, sobre el cual ya no puede sostenerse, á la civilización católica; porque no podemos vivir sin fe religiosa y sin creencias, y la humanidad actual no ha de abandonar los bienes terrenales y los tesoros espirituales que Dios ha prodigado sobre nuestro planeta y sobre el reino hominal para buscar un imposible. Precisamente Dios dotó al hombre, para distinguirlo de los demás seres animales vivientes, del sentimiento religioso y estético.

Déjense de comparaciones absurdas y descabelladas; déjense de declamaciones y razonamientos extravagantes respecto al ritual católico-romano; emudezcan también aquellos que guiados por una intolerancia inconveniente, buscan en las ideas modernas y en los descubrimientos y adelantos de las ciencias exactas y de observación, motivos de censura para el progreso de la humana inteligencia.

Ni las representaciones de la Madre de Dios, es decir, de la *Virgen María*, tienen analogía alguna con las vulgares formas de Isis, ni la Diana mitológica con los poéticos y sublimes recuerdos de Leonardo de Vinci, Juan de Sevilla, Andrés del Sarto, Guido Reni, Rubens, Angel, Rafael Sancio, Cano y Murillo.

Todas las liturgias invocan el augusto nombre de *María* madre de Dios, y todas celebran con suntuosas festividades los misterios y los accidentes gloriosos de su vida santa, bienaventurada y pura. *María* es la lámpara de la Iglesia cristiana encendida por Dios para iluminar á la humanidad.

¿Por qué ensañarse y lanzar toda suerte de blasfemias contra la *Virgen*

*María*, emblema de la pureza, de la bondad, y de la hermosura? El culto á tan excelsa Señora, es mucho más antiguo de lo que se cree por algunos, y los católicos reservan el culto de *latria* sólo y exclusivamente para *Aquel* que es Rey de reyes y Señor de todos los Santos.

Oigamos al R. P. José Mendive en su erudita obra intitulada *La Religión*



Templo de Efeso.

*católica vindicada de las imposturas racionalistas.* «No fueron los cristianos de Alejandría del siglo IV los que introdujeron en la Iglesia la imagen de la Virgen María con el Niño en los brazos copiando la pintura de la diosa Isis. Ya antes de este siglo se pintaba en Roma á la Santísima Virgen de este modo como se puede ver en la *Hagiogylpta* de Juan L'Heureux y en la *Storia della arte cristiana* del P. Garrucci.

»Por otra parte, continua el mismo sabio autor, no era ésta la forma ordinaria en que representaban los egipcios aquella deidad impura, la diosa de las obscenidades egipcias llamada *Isis* en las riberas del Nilo, *Anaitis* en las llanuras de la Armenia, *Astarte* en Siria y en África, *Mylitta* en la Caldea, *Pracriti* en la India y *Venus* en los bosques de la Idalia... etc.»

Las civilizaciones paganas tenían por móvil la esclavitud y la tiranía, la civilización cristiana quiere la libertad y el progreso; pero no el progreso que fascina y engaña á los hombres. ¿Por qué tanto se insiste en pretender que el Evangelio de San Juan sea apócrifo, lo mismo que las cartas de San Pablo? Los santos Evangelios hacen ver que aquellos oscuros pescadores y artesanos inspirados por Dios, fueron profundos pensadores, y difundieron con lenguaje claro é inteligible la santa verdad á ellos confiada por Jesucristo. La Religión de Cristo es inamovible, ve pasar sin inmutarse los adelantos de la filosofía y de la ciencia experimental.

Todas estas puerilidades, que no merecen otro nombre, y que presenta el señor Draper con marcada intención, están tomadas de la secta protestante. El culto á la Virgen María y cuanto ha establecido la Iglesia católica, es para sus hijos artículos de fe que todos acatamos, sin que de ello se resienta ninguna de las ciencias experimentales y de observación, ni mucho menos se altere la armonía del Universo pancósmico.

María es la luz que resplandece y brilla misteriosamente ante las escuelas materialistas y sensualistas, que por desgracia están aprisionando algunos de los talentos del siglo XIX.

Los filósofos cristianos arrojaron toda clase de sacrificios para que la escuela alejandrina fuese la que imperase entre todas las demás. Luchas de doctrinas, controversias é interpretaciones, y hasta calumnias y persecuciones, crueldades y suplicios, fueron el premio de aquellos celosos propagadores de la fe cristiana durante los primeros siglos. Mas el sol de la verdad brilló sobre el horizonte humano, la palabra antes dirigida á la multitud penetró en el corazón de las sectas, y se vió sostenida por relevantes disertaciones y concluyentes argumentos. La controversia y la discusión aparecieron con toda su intensidad, y en el palenque lucharon poderosos atletas y profundos pensadores. Los gnósticos mezclando las doctrinas antiguas del Oriente desarrolladas con inusitado lujo y con un misticismo servil, hablaron de la emanación, de la absorción y de la encarnación de la divinidad, y formaron una fusión de sistemas en los que el panteísmo ó el dualismo hacen vacilar la moral. El maniqueísmo, la cábala y el judaísmo tuvieron también sus prosélitos; el extravío llegó á su término; el delirio entorpeció el buen sentido hasta verse aprisionado por la teurgia y el éxtasis, que á su vez engendraron un panteísmo

funesto y aterrador. Los dogmas y la disciplina de la Iglesia de Cristo fueron separados y discutidos en detall, lo mismo que los sacramentos y los ritos sagrados, las liturgias y las fiestas, la moral, el derecho y las relaciones exteriores. Esta discusión en *detall* era muy del caso para los enemigos del Catolicismo.

La escuela alejandrina buscó la manera de conciliar bajo el punto de vista filosófico, las diferentes sectas de Oriente y de Grecia, y en este estudio hallaron una armonía incuestionable entre la Religión cristiana y la ciencia profana. Sin embargo, como todo lo que está confeccionado por los hombres admite dudas é interpretaciones, unos agrupando los elementos científicos admitidos como verdaderos por las distintas escuelas formaron los *eclecticos*, y otros llevando á Platón por guía, no desdeñando tampoco á Aristóteles y aceptando los principales dogmas del Evangelio, quisieron fundar una nueva metafísica, distinguiéndose con el nombre de *neoplatónicos*.

Empero la augusta voz del Cristianismo se levantó potente y majestuosa contra los nuevos filósofos, y aceptando de frente el combate demostró, que ninguna escuela filosófica puede equipararse con la sublime santidad del Evangelio... Ni las apostasias de Ammonio y Saccas, ni los sueños visionarios de Plotino, ni el misticismo de Porfidio y Jamblico, ni las extravagancias de Proclo, pudieron amortiguar aquel fervoroso y santo entusiasmo sostenido por los Santos Padres de la Iglesia durante la lucha entablada para entronizar el paganismo griego, so pretexto de cultivar las ciencias de la naturaleza, que en verdad todavía no estaban reconocidas como tales ciencias.

Las tentativas que hicieron los neoplatónicos para identificar la nueva filosofía cristiana con el paganismo fueron vanas; los esfuerzos de los eclécticos para absorber la Religión del Crucificado en sus especulaciones científicas, inútiles. Los Santos Padres practicaban la virtud en medio de la corrupción y el vicio, exponían los dogmas de la fe cristiana entre una sociedad descreída, que había divinizado á sus emperadores por los excesos de la crápula y el asesinato, enseñando los preceptos de la moral en aquellos desgraciados que se habían arrastrado por el fango de la prostitución, dando elevado culto y enalteciendo los ritos de la Iglesia cristiana para que se olvidaran los cruentos sacrificios de la idolatría, y oponiendo, en fin, á los libros impíos y obscenos, escuelas cristianas y catecismos llenos de pureza y moralidad. De este modo demostraron que la ciencia profana no estaba reñida con el deber, ni la caridad con la libertad, ni mucho menos el derecho con el progreso. La filosofía cristiana opuesta al egoísmo, buscó su mayor gloria en amar á Dios, y sometida á la autoridad de la Iglesia, confiesa como principio fundamental, que la doctrina que profesa no es suya, sino que emana de una voluntad